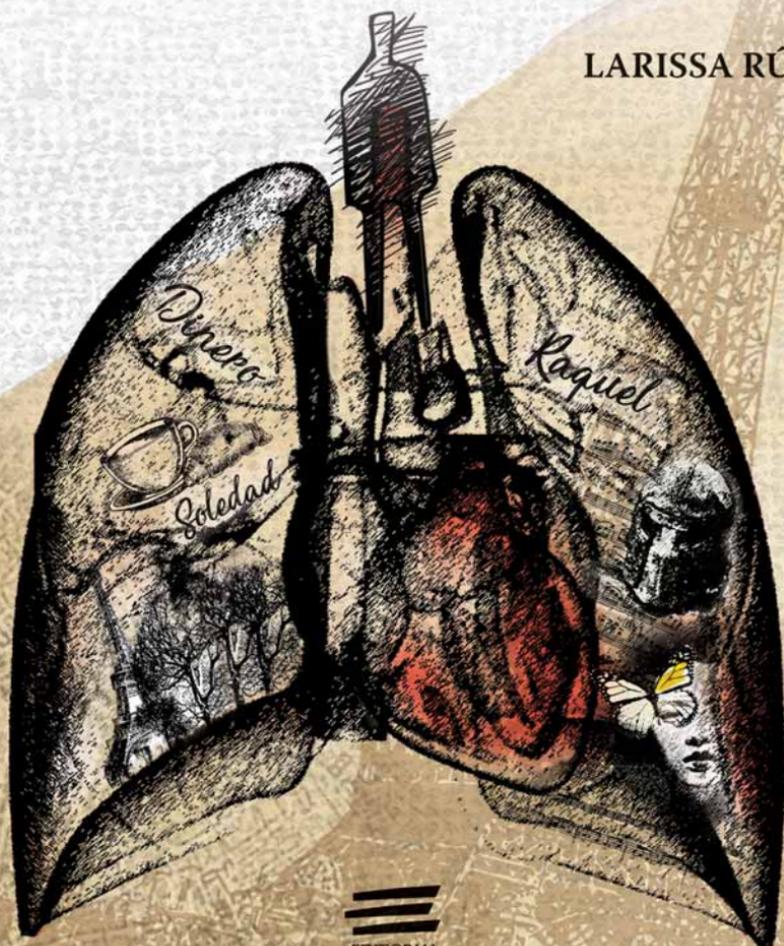


CÓMO
SOBREVIVIR
A UNA TORMENTA
EXTRANJERA

LARISSA RÚ



EDITORIAL
UCR

CÓMO
SOBREVIVIR
A UNA TORMENTA
EXTRANJERA

LARISSA RÚ


EDITORIAL
UCR
2020

863.5

R894c Rú, Larissa, 1998-

Cómo sobrevivir a una tormenta
extranjera / Larissa Rú. –1. edición–
San José, Costa Rica: Editorial UCR,
2020.

xvi, 605 páginas

ISBN 978-9968-46-824-4

1. NOVELA COSTARRICENSE.

I. Título.

CIP/3469

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2020.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.* • Revisión de pruebas: *Ariana Alpizar L.* • Diseño: *Alejandra Ruiz B.*
Diagramación: *Karla Cruz M.* • Diseño de portada: *Kattia Garro B.* • Control de calidad: *Abraham Ugarde S.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: abril, 2020.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Agradecimientos

Esta novela no hubiese sido posible sin el apoyo de mi mamá y mejor amiga. Ella recibió de fuente primaria todas las anécdotas que sirvieron de inspiración, las tuve que procesar dos o tres veces hasta que logré plasmarlas como quería.

Además, externo mi profunda gratitud a las siguientes personas:

A mi familia belga por permitirme convivir con ellos y conocer los lugares más bellos del mundo, gracias por alimentarme y soportar mis malacrianzas.

A don Ólger, quien fue el primero en escuchar la ópera mencionada en la obra.

A los lectores de mis borradores, quienes leyeron cada capítulo como si constituyeran parte de una novela por entregas.

A toda mi familia, en especial a mi primo Fran, quien intentó salvar los últimos capítulos de la novela cuando se perdieron por una falla en la computadora.

A cada una de las personas quienes, con una mirada, una sonrisa o un gesto ayudaron a construir este libro.

Por último, quiero agradecerles a mis abuelos por haberme insistido en que hiciera una historia que no estuviera relacionada con brujas, demonios o fantasmas. Mi abuelo, mi Tatá, quería que creara una historia de amor y eso intenté hacer. Espero sea de su agrado y pueda leerla desde el cielo.

Contenido

Prólogo: elogio al aventurero por desventura	xv
CAPÍTULO 1	
<i>El día en que salió del corral la oveja negra</i>	1
CAPÍTULO 2	
<i>El día en que hubo mucho incienso</i>	7
CAPÍTULO 3	
<i>El día en que evacué un edificio</i>	23
CAPÍTULO 4	
<i>El día en el que María Antonieta pierde la cabeza</i>	37
CAPÍTULO 5	
<i>El día en que tía Raquel hizo una revelación</i>	57
CAPÍTULO 6	
<i>El día en que me convertí en muñeca anime</i>	71
CAPÍTULO 7	
<i>El día en que Leo me boicoteó de los museos</i>	93
CAPÍTULO 8	
<i>El día en que un caballo salvaje me obligó a fumar un porro de yerba</i>	111

CAPÍTULO 9

*El día en el que mi padre hizo una reaparición
en la historia* 129

CAPÍTULO 10

La confesión de Leo 149

CAPÍTULO 11

*El día en que una adicción probó
ser contagiosa* 163

CAPÍTULO 12

*El día en que Cyril confesó debido a un
caballo muerto* 179

CAPÍTULO 13

*El día en que nos apropiamos de un baile
folclórico ruso* 199

CAPÍTULO 14

*El día en que la oveja negra escapó,
una vez más* 223

CAPÍTULO 15

El día en que una soprano hizo su debut 233

CAPÍTULO 16

El día en que Leo obtuvo un nuevo mapa 257

CAPÍTULO 17

*El día en que la tormenta se empezó
a condensar* 269

CAPÍTULO 18

El día en que hubo mucho humo 279

CAPÍTULO 19	
	<i>El día de la visita invisible</i> 291
CAPÍTULO 20	
	<i>El día en que salieron a la luz algunos secretos . .</i> 303
CAPÍTULO 21	
	<i>El día en que un benefactor se hizo familiar. . . .</i> 311
CAPÍTULO 22	
	<i>El día en que alguien lejano hizo uso de un calibre 22</i> 327
CAPÍTULO 23	
	<i>El día en que conocí otro Rossi bajo circunstancias muy, muy inesperadas</i> 343
CAPÍTULO 24	
	<i>El día en que una chica extranjera encontró su casa.</i> 361
CAPÍTULO 25	
	<i>El día en que la casa explotó de harina y polvo de hornear.</i> 387
CAPÍTULO 26	
	<i>El día del regreso</i> 403
CAPÍTULO 27	
	<i>El día en que mi nueva familia salió de las sombras</i> 419
CAPÍTULO 28	
	<i>El día de los platos rotos</i> 445

CAPÍTULO 29	
<i>El día de la piscina vacía.</i>	465
CAPÍTULO 30	
<i>El día en que volví a cruzar otra frontera</i>	485
CAPÍTULO 31	
<i>El día en que sobreviví a la tormenta</i>	503
CAPÍTULO 32	
<i>Cómo sobrevivir a una tormenta extranjera</i>	527
CAPÍTULO 33	
<i>El día en que canté de nuevo</i>	531
CAPÍTULO 34	
<i>El día en que Leonardo hizo una reaparición en la historia</i>	553
CAPÍTULO 35	
<i>El día en que un baile nos llevó muy lejos</i>	573
EPÍLOGO	
<i>La historia de amor</i>	585
Acerca de la autora.	605



EL DÍA EN QUE SALIÓ DEL CORRAL LA OVEJA NEGRA

Mi primer beso no supo a paleta de cereza, como quizá el de la mayoría; sino a nicotina. Probablemente, no lo hubiese creído si me hubiesen mostrado mi futuro en una bola de cristal, pues con el ritmo de mi vida en el momento poco dejaba para el romance. Sobra decir que si se crece en una de las familias más ortodoxas y trabajadoras de la sociedad venezolana no es raro tener fantasías rebeldes de vez en cuando, nuestra mente necesita mucha distracción. Y un beso con sabor a tabaco a los dieciocho años quizá entonces no me hubiera parecido tan extraño.

Ciertamente mi vida hasta ese momento nunca había sido tal y como la planeaba, aunque estaba perfectamente a gusto con ella, pues mientras otros la pasaban muy mal, mi tía y yo nos manejábamos para vivir bien. Mi país se estaba cayendo a pedazos, pero sobrevivíamos. No habría carrera de cantante para mí, como pasaba en las películas de

estrellas adolescentes, y tampoco había tenido calificaciones, mejor amiga o familia perfectas. Por eso, en el momento en el que mi tía me despertó de madrugada, cuando solo había vaho y frío en las calles; con aquella frase que aún me hiela la columna, imaginé inmediatamente una increíble y salvaje aventura, y claro que esa imagen incluía un primer beso.

Aunque deseaba con todo mi corazón que ocurriese finalmente, no tenía expectativas de que fuese *perfecto*.

—Despierta, por el amor de Dios. Vas a perder el avión.

Tía Raquel me sacudió un par de veces hasta que salté de la cama. Me cubrí del frío y salimos en plena noche. Mientras íbamos en el carro, intentaba recordar todas las razones por las cuales era una buena idea partir, pero el hecho de que estábamos manejando hacia el aeropuerto en la oscuridad me hizo sentir más sola que nunca, y tales razones me eran más difíciles de distinguir entre esa bruma matinal.

—¿Por qué no vinieron, tía? —pregunté.

—Es demasiado temprano, Amy. Tus abuelos y tus tíos tienen mucho que hacer entre semana —respondió mi tía.

—¿Les dijiste algo? —insistí.

—¿Te dije que dijeras algo? —inquirió.

—No... —respondí.

—Es mejor así —aseveró.

De alguna manera lo comprendía. Verán, mi familia es como el sistema nervioso central: algo ocurre en alguna parte del cuerpo —por más alejada que esté— y de repente, se desencadena una reacción. Supongamos que, en esta misma metáfora, yo sería lo que esté más lejos del cerebro, un dedo del pie, por ejemplo. Y si este se golpea ligeramente con la pata de la mesa de café... pues todos los otros nervios ruidosos, comelones y con mucha labia tienden a hacer corto circuito. En otras palabras, no me permitirían abandonar el país.

—No se siente correcto, tía...

—Te lo has ganado. Sería una lástima desaprovecharlo y no voy a dejar que eso pase. Esto es lo que tu mamá hubiese querido.

Llegamos pronto al aeropuerto, yo sujetando mis posesiones con una mano y con la otra, la mano de mi tía.

Creo que ese fue el momento en el cual nos dimos cuenta de que nos separaríamos después de dieciocho años de ser prácticamente siamesas. Detuve nuestro paso para estrecharla contra mí. Mi cuerpo empezó a buscar aire, pero yo no me separaba de ella, hundía mi nariz mojada más y más en su ropa.

—No puedo creerlo, dime que es un sueño.

—Sí —ella tenía un tono quebradizo— mantente alerta.

Alcé el rostro violentamente y la acaparé con mis ojos lacrimosos, también con la sonrisa tímida que se mostraba en mi cara.

—Vamos a estar separadas por un año —dije, como pidiéndole que me lo confirmara—. ¿Qué vamos a hacer...?

—No vas a decir no ahora, ¿o sí?

Desde niña me gustaba imaginar senderos en horizontes infinitos que reflejasen el avenir de mi vida y siempre habría dos caminos para cualquier situación mía idealizada. Uno haría que todo fuese perfecto y el otro llevaría a que se destrozara el mapa que yo ya había trazado mentalmente. El primer gran esquema de este capítulo iba de esta forma:

1) *Ganaba la beca y le ahorraría a mi tía el pago de mis estudios.*

O bien...

2) *No obtenía las calificaciones necesarias. Debía conseguirme un trabajo.*

—No, tengo que hacerlo —le reafirmé, con el pecho comprimido y las lágrimas rodando— Tengo que hacerlo... Después de todo, es solo un año. ¿Cierto?

Tía Raquel estrechó las facciones de la cara y me abrazó.

—Sí... —se apartó y se limpió las lágrimas. Mientras ocultaba la cara, se rascó la nariz, lo cual es muy extraño, solo lo hace cuando está mintiendo. Pero de seguro estaba más nerviosa que yo. En ese tiempo, no cuestioné su actitud—. Solo un año.

Me dolía en el alma el hecho de que no pudiera despedirme del resto de mi familia. Desde que me había inscrito en el programa estaban enojados. Y no puedo culparlos mucho: mis dos tíos son pastores y gerentes de empresas y, mientras los dos tienen a las mujeres perfectas, cada uno con dos y tres hijos perfectos, que leen la Biblia a diario, oran antes de cenar, y no salen sin pedir una bendición divina, las mujeres de la familia no han tenido tanta suerte. Y de ambas, mi tía y mi madre, esta última se dirigió más por el camino de lo que se le puede llamar la senda de la oveja negra.

No recuerdo mucho a mi madre, aunque sé que siempre tuvo un espíritu tan fogoso como el mío. Cuando era joven quería dedicarse a las artes dramáticas, pero como no le fue permitido escogió la educación. Su vida era desfile de lluvia, y ella era una llama ardiendo. Creo que el conocer a mi padre fue una forma de escapar. Tía Raquel lo describe como el hombre perfecto para ella en su momento. Fueron almas gemelas pasajeras como en las matemáticas lo son las líneas perpendiculares que inciden y su cruce crea perfección, pero es breve. Mi padre dejó a mi madre cuando supo que estaba embarazada y, como no estaba casada, —¡Dios nos salve!— mi familia no la tuvo entre buenos ojos por los años que le quedaron de vida. Creo que eso lo lamentan hasta hoy.

Cuando yo tenía cinco años mi madre, Abigail Montecielo, salió en su carro para hacer las compras, ya que nos habíamos terminado el cereal y eso era una tragedia. Mientras iba al volante recibió una llamada. Bien podía:

1) *Pensar que era aquel colega que la invitaba de nuevo a salir.*

O...

2) *Pensar que era la respuesta a su reciente entrevista de trabajo.*

Y si tan solo hubiese atribuido esa llamada a aquel prepotente colega de trabajo, diez años mayor que ella, y lo hubiese ignorado, probablemente habría visto el tráiler que venía de frente. Y lo habría evitado. Pero no lo hizo. Abigail Montecielo murió ese día en un accidente de tránsito. Y yo, Amelia Montecielo, pasé a vivir con mi tía Raquel, quien no ha tenido una vida fácil.

Con respecto a mi padre, no es como que yo no conozca al hombre, no. Tuvimos una relación cálida, que duró unos siete minutos. Pero eso es para después, no es que importe ahora.

Tía Raquel notó que no dejaba de temblar. Me consoló diciendo que estaría más cerca de los “vikings”. Verán, cada una de nosotras tiene su imagen de príncipe azul. Y yo, siendo una aficionada de la mitología nórdica, me fascina por igual su exquisito espécimen de hombre. Cabe decir que, aunque en Venezuela tenemos variedad y buen mercado, los muchachos no se asemejan mucho a lo que yo me imaginaba como “perfecto”. Y si decían Europa, pues era lo más cerca que iba a estar de aquel quien libraría batallas junto a mí, como escudero claro, contra la bestia Jormungander o el lobo Fenrir.

Y tampoco ayudó el hecho de que hacía tres años había saltado a la fama un joven que hacía videos de monólogos

de humor negro. No era demasiado bueno, pero sí que era adorable. Su nombre era Jan y, casualmente, era un chico noruego que había desertado de sus estudios de ingeniería y se había dedicado a la comedia, lo cual le había sentado de maravilla. Y no ayudó a secar mi obsesión.

Me consolé en mis fantasías una vez más y fingí como si no estuviese aterrada.

Recuerdo la salida del aeropuerto y lo horrible que fue despedirme de mi tía por primera vez en mi vida. No recuerdo el último abrazo, ni tampoco sus palabras de adiós. Tengo memoria de lo que fue llegar a aprobar mi tiquete de avión y despedirme de lejos. Es curioso cómo nuestra mente nos protege de lo que no podemos soportar. Mi mente bloqueó ese recuerdo, neutralizó el dolor. Aunque las lágrimas me corrían por las mejillas, temerosamente pedí un sándwich en el aeropuerto. Estaba sola, sentía miedo, no dolor.

En el avión, tomé aire mientras despegaba y me arrancaba, suavemente, de mi suelo natal. La cabeza me daba vueltas. Siempre tuve miedo a los aviones. Pero estaba llena de determinación. Es increíble cómo los recuerdos dolorosos nunca fueron tan malos como se recuerdan.

Las dos opciones con respecto al vuelo eran... pues muy obvias. Cuanto más se elevaba el avión por encima de mi país, más temía la opción perfecta.



EL DÍA EN QUE HUBO MUCHO INCIENSO

*Mala conexión. Enviando mensaje...
El siguiente mensaje ha sido enviado:*

Hola, cariño. Ya estoy en casa de mis padres.
¿Tú cómo estás?
~Diego

Estoy extrañándote, *babe*.
Y, ¿ya le dijiste a tu madre que te mudarás conmigo?
~Mary

Sí, se lo dije. No dijo nada.
Deja que la endulce un poco.
Sería bueno que tú también hablaras con ella.
Tiene un poco de aversión suegra-nuera.
~Diego

¿Un poco? No me hagas reír.
Amelia nunca me ha querido,
seguro porque soy su primera nuera.
No veo a tu hermano con novia fija, aunque
ninguna de esas tontas le ha caído tan mal
a tu madre como yo.
~Mary

No digas eso.
Mamá quiere que sea feliz.
Y contigo estoy a gusto, amor.
~Diego

¿De veras no dijo nada?
¿Nada de nada?
¿Feliz, enojada, suicida?
~Mary

Bueno...
A decir verdad, no dijo nada.
Pero sí me dio algo.
Me dio su diario para leerlo.
~Diego

¿Su diario?
~Mary

Es el diario que guardaba cuando vino a Europa.
Coño, era solo una niña.
Apenas empecé.
Solo dijo que esperaba que me abriera los ojos.
~Diego

Bueno, ¡eso es una buena noticia!
Si te da su diario, es para que hagas lo mismo
que ella hizo cuando era joven.
¿No?
~Mary

Déjame terminarlo, apuesto que no es nada importante.
Pero lo haré por ella.
Ojalá antes de que lleguen mis hermanas y me obliguen
a quedarme en Cataluña.
~Diego

Te espero en el hotel.
Avisame cuando termines de leer esa reliquia.
~Mary

...

Cuando bajé del avión me recibió, en las barandas del pasaje para extranjeros, una mujer cuarentona, de pelo corto, con harapos floreados y holgados, que resaltaban aún más su cuerpo en forma de pera. La papada le llegaba casi hasta los senos y estos le colgaban como sacos de papas hasta la cintura. Sin embargo, tenía una expresión amable.

Me acerqué mientras saludaba con la mano. Asumí que no iba a tener mucha dificultad para reconocermé, ya que había muchas fotos de mí y supuse que una muchacha menuda y bien morena, delataría un poco que venía de Venezuela, o de cualquier país latino, para esa gracia.

Con suerte me reconoció. Sonrió, batió la bandera y me dio un beso en la mejilla y se expresó con naturalidad.

—*Bonjour, mademoiselle! Comment ça a été votre vol?*

Cabe recordar que, en cuanto dijo estas palabras, entendió al instante que yo no hablaba ni una palabra de francés. No sé qué cara hice en ese momento, pero no pudo ser más delatadora. La mujer me miró, arqueó una ceja y forzó una sonrisa. Luego, sacó de su bolso, igual de holgado que todo lo que era suyo, una plantilla.

—¿Amelia?

Asentí repetidamente. Ella se palpó el pecho.

—Thérèse —dijo.

Luego ella apuntó a la cámara que yo traía cruzada en el pecho, insinuándome con otro gesto que nos tomáramos una foto. Al principio no comprendí, pero luego sostuvo su propia mano en el aire y emuló el sonido de la cámara, mientras me guiñaba el ojo.

—Ah, claro.

Comprendí después, ya para cuando había muchas miradas sobre nosotras. Sonreí nerviosamente y la elevé sobre nosotras. Ella me acaparó con su cuerpo de pera, antes de que yo pudiese sonreír, ella presionó el botón de la cámara.

—Listo —dije.

La foto salió al instante. Yo la tomé y la blandí en el aire para que seicara. Ella, nuevamente, acaparó mi vista intentando ver la foto. Murmuró algo en francés, se rio sola, y me mostró el camino hacia el carro. Yo guardé la fotografía en mi bolsillo, sin verla aún.

Para ese momento yo no conocía mucho sobre Thérèse. Sabía su nombre, que era soltera y que comprendía un poco el español. No hablamos en todo el trayecto. Me pareció que sería cortés iniciar una conversación, pero estaba demasiado cansada como para intentarlo. Nos limitamos a señalar cosas en la carretera y a que yo observara cómo se balanceaba de un lado a otro, sin mucha flexibilidad, al compás de la música de la radio. Creo que era un intento de bailar.

Me sorprendió mucho ver el paisaje real de Francia pues, aunque yo había aterrizado en París, nos dirigíamos muy al norte. De hecho, sin querer me dormí un rato en el carro y desperté cuando aún faltaba una hora de ruta.

El contraste de lo que soñaba que era Francia y lo que mis ojos veían era muy amplio. Francia sonaba a luz, a campos verdes, a viñedos y a mucha gente. Pero el paisaje no era ese, sino gris y lluvioso, con una vaca o dos a cada kilómetro. A media hora de la casa, Thérèse señaló con el dedo un edificio enorme y color ladrillo. Ese iba a ser mi colegio.

Finalmente llegamos a lo que más o menos parecía un pueblo. Cabe decir que yo vengo de la capital y los pequeños pueblos me son tan ajenos como emocionantes. Todas las leyendas y las historias románticas pasan en pueblos pequeños, así que no dejé que la lluvia o el cielo gris me desalentaran.

Entramos a un pequeño apartamento, de escaleras bien estrechas y luz escasa. Thérèse abrió la puerta y me dio la bienvenida.

—¡Mi casa su casa! —dijo, seguramente con más esfuerzo de lo que aparentaba.

Entré, con mi maleta en mano, y contemplé la casa. Era extremadamente pequeña, tanto que se podía ver toda la casa desde el umbral de la puerta. Estaba conformada por una pequeña sala, una cocina, la puerta a lo que pensé sería mi habitación y otra puerta más.

Y me hubiese preguntado en ese momento dónde estaba el baño, si no estuviese tan cegada por la oscuridad de la casa. Thérèse se adelantó para iluminar el recinto. Al respirar, una potente mezcla de incienso se inmiscuyó por mi nariz y empecé a toser. Era dulcemente insoportable y no sabía qué era. Al frotarme los ojos y acostumbrar mi visión a la oscuridad, caí en cuenta de que, en la casa, no había ni una luz eléctrica encendida, y la única lumbre provenía de las velas rojas que Thérèse corrió a encender, en frente de ellas había un gran tapiz que colgaba de la pared, el cual tenía,

en el centro, una figura que identifiqué como alguna representación de Krishna.

Tuve que frotarme los ojos de nuevo. El incienso me llegó hasta la garganta y comencé a toser. Thérèse se aproximó y alzó un pulgar, para ver si estaba bien y si no me molestaban las velas, o tal vez me ofrecía encender una luz eléctrica, ya que pude distinguir que había bombillos en los techos.

Saqué mi inhalador de la maleta. Ella, entonces, asintió, sonrió y se dirigió a la sala. Me hubiese gustado que encendiese una luz, pero no lo hizo. Me dio un recorrido por la casa, lo cual no tomó mucho tiempo. La puerta que pensaba que era de mi habitación en realidad era del baño, así que no supe dónde estaría localizada mi cama. Después, me pidió que me dirigiese a la cocina y me sentara. Sacó de la refrigeradora unos melocotones cubiertos con atún, y me los sirvió en un plato.

Tenía muchas preguntas en ese momento. Para empezar, no sabía si Thérèse era practicante de hinduismo, vegetariana, o un tanto ciega. No dije nada, comí los melocotones, tres en total. No miento, por poco regurgité el primer bocado y al terminar el estómago me rugía del hambre, pero no hablé. No quería causar una mala primera impresión.

Le dije entre señas que le agradecía mucho por todo y que estaba muy cansada. Ella, entonces, me condujo a la única habitación de la casa. Era una cama doble, llena de más tapices con representaciones de mitos hindúes y aún más velas.

Tragué saliva. Era obvio que esa era la habitación de Thérèse, y me la estaba dando. Me sentí increíblemente incómoda de despojarla su cama, así que, con más señas, le expliqué que sería mejor que yo durmiese en el sofá, ya que era obvio que ella dormiría allí.

Thérèse aceptó finalmente, con una expresión de contentamiento inhumano. Como aún no quería irme a dormir, me fui a la sala, hasta el interruptor. Justo antes de poner mi dedo en él, Thérèse sacó media cabeza por la puerta de su cuarto, como si hubiese oído mis pensamientos. Esbozó esa sonrisa enorme, alzando las dos gruesas cejas, que parecían tiras de caucho. Luego, movió el dedo índice de un lado al otro.

—No, no. Luz... distrae. Ruido.

Intentando aparentar que comprendí, asentí dudosamente. Junté las manos en seña de oración y las coloqué sobre mi vientre.

—Namaste —le dije.

Ella rio ligeramente y se volvió a esconder en su habitación. Honestamente, se estaba mejor en el sofá, sin los ojos de Visnú sobre mí. Supuse entonces que, si no le agradaba la luz eléctrica, probablemente tampoco los aparatos electrónicos. Pero no podía evitarlo, tenía que llamar a tía.

Marqué su número, con los audífonos conectados, y esperé. No fue necesario tener mucha paciencia, Raquel contestó a los tres timbres. Luego, vi su rostro en mi pantalla.

—¡Amy! ¡Por fin!

—¡Tía! —saludé con entusiasmo. Recordé que no estaba sola y bajé la voz—. ¿Qué tal todo?

—¿Qué tal tú, niña? ¿Ya estás ahí? ¿Comiste bien? ¿Qué tal es Thérèse?

Tenía tantas cosas que decir que se me acumularon en la boca y solo pude encogerme de hombros.

—Genial. Me dio de comer melocotones —respondí finalmente.

—¿Y qué más?

—Atún.

—¿Melocotones con atún? —Tía domó sus propias muecas, para no inspirarme terror—. ¿Tienes mucha hambre? ¿Quieres que la llame?

—No, no tengo hambre, estoy cansada del viaje de todos modos. Será alguna especialidad francesa eso de los melocotones.

—Vaya —dijo tía Raquel— seguro. ¿Qué tal es Francia? ¿Es lindo? ¿La casa qué tal?

—Pues no es la Francia que imaginas. No está mal, pero bueno. La casa es pequeña —olisqué un poco al aire, antes de taparme la nariz con la camisa— muy acogedora.

—¿En serio? Eso es genial, Amelia.

—¿Ya sabe el resto de la familia que llegué? Me gustaría hablar con ellos.

—Se acaban de ir, Amy.

—¿Estaban enojados?

—Más conmigo que contigo. De eso no te preocupes —esbozó mi tía mientras suspiraba.

Eso es deprimente —dije mientras arqueaba una ceja.

—Sí... Bueno, por más emocionante que suene sí tiene algo de deprimente.

—Para ambas, tía Raquel.

—Sí. Es tan vacío aquí sin ti. Desde la mañana puse la televisión a máximo volumen, pero no hace ni la mitad del ruido que hacíamos juntas.

Sonreí débilmente. Las lágrimas comenzaron a correrme por los ojos, pero giré la cámara para que tía Raquel no las viese. Sabía que si yo lloraba ella lo haría también. Desde la muerte de mi mamá, solo éramos tía Raquel y yo. Aunque no siempre fue así, no siempre estuvo sola.

Dije antes que las mujeres Montecielo no tenemos nunca mucha suerte, y pues la que parecía llevarlo mejor era tía Raquel. Era la menor y, sin embargo, ella había encontrado marido, a diferencia de su hermana. Él era un buen hombre, o al menos, eso se pensaba. Se conocían desde la secundaria, fueron juntos a la iglesia y ella lo desposó temprano, para aprovechar bien. Y lo único que le falta a un matrimonio feliz es, por supuesto, hijos.

Mi tía y su esposo intentaron tenerlos durante muchos años. Finalmente, después de una racha de mareo y náuseas, mi tía se hizo una prueba de embarazo y salió positiva. Ella estaba por encima de las nubes de la felicidad. Mi familia entera estaba rebotando, y dicen que nunca en su vida Raquel estuvo tan radiante.

Una de tantas mañanas de ese año la futura madre se levantó para tomar un baño. Entró en la ducha y abrió el grifo. Mi tía Raquel siempre ha sido una persona desordenada, lo sé, yo vivo con ella. Cuando usa las cosas, las deja donde sea. Cuando entró al baño y abrió el grifo, no estaba consciente de que la noche anterior había dejado caer el jabón en la tina. En ese preciso momento, las opciones eran:

1) *Recordaría que había dejado caer el jabón la noche anterior.*

O...

2) *Se dirigiría al otro lado de la bañera para buscarlo.*

Sin embargo, a las Montecielo casi nunca les sucede la opción que esperas.

Solo una vez en mi vida vi a mi tía pensar en lo que hubiese sido si no se hubiera resbalado con el trozo de jabón y caído en la tina. Solo una vez, mientras regaba las

plantas. Tenemos un jardín, solo para nosotras, en casa. Este es pequeño, pero tiene más colores que un arcoíris. La vi pasearse, arrastrando las piernas como si fuesen troncos. Le pregunté qué pasaba y me lo dijo: ese era un jardín para tres. Cuando le pregunté si se refería al bebito que nunca llegó a salir de su vientre, me dijo que no, que también se refería a su marido.

Mi tío se había dado por vencido para esos momentos, y cuando mi tía sufrió su pérdida él tomó una maleta al día siguiente y nunca más supimos de él.

Es quizá extraño que yo me hubiese ido a vivir con mi tía, ya que el resto de mi familia tenía quizá mejores esperanzas de poder acogerme. Pero Raquel y su esposo habían decidido adoptarme justo después de la muerte de mi madre, unos meses antes del accidente de la tina. Desde entonces, un jardín para cuatro se convirtió en un jardín para dos mujeres, quienes un día se quedaron en el umbral de la puerta del jardín, mirando a la distancia, sin saber exactamente qué era lo que esperaban.

...

A la mañana siguiente, tomé un par de melocotones para desayunar en el camino y me dirigí al colegio.

La clase era extrañamente cálida, a pesar de que el frío me carcomía la punta de los dedos. Y las personas, aunque no exactamente amigables, eran muy educadas. Me dieron el trato que esperaba, al menos el primer día. Me incluyeron en todo sin importar la grave diferencia entre idioma y tez. Aunque sí me miraban mucho, pocas veces sentí que era con irrespeto.

Normalmente, las otras niñas tenían que explicarme las intenciones de los varones al decir alguna cosa en francés,

pero yo no comprendía mucho esta lengua, ni siquiera a después de dos semanas de permanecer en ese lugar. A ellas les tomé un entrañable cariño.

Uno de aquellos días la profesora de historia nos asignó un proyecto en parejas, ni siquiera recuerdo sobre qué trataba. Mi pareja era un muchacho llamado Anthony. En el momento en que puse mis ojos sobre él, sentí una verdadera ligereza en mi cabeza, como si me hubiesen llamado del cielo. Era un chico alto, rubio y de ojos cerúleos, los más lindos que había visto hasta ese momento. Se acercó hacia mí, con una sonrisa indeleble y tontona; y me indicó que sería mejor ponernos a trabajar.

Yo no podía hacer nada. Supongo que esa era la primera vez que un muchacho me llamaba tanto la atención. Encontré sus rasgos increíblemente agradables.

En mi inocencia y soledad, me vi inclinada a comentar un poco acerca de Anthony con las amigas que recién había adquirido, ellas tampoco se sorprendieron de que yo me hubiese fijado en él. Eso, a decir verdad, fue un tanto chocante. Uno de los encantos de Anthony consistía en que era algo fresco y nuevo para mis ojos, lo consideré un descubrimiento mítico y yo era la dichosa exploradora. Pero no era así, este muchacho era deliciosamente guapo ante los ojos de todas.

Sin embargo, eso no temperó mis emociones en cuanto creí que Anthony me miraba, o que chocaba conmigo a propósito en el pasillo. Esa era la fantasía que tantas veces se había incubado en mi cabeza y me tenía cegada.

Claro que, debido a tal ceguera, no me daba cuenta de que Anthony era, en realidad, un burro grotesco con humor plano y modales de niño mimado. Coqueteaba con todas las chicas, en especial con Océane, con quien mejor me llevaba. Pero eso, en aquel momento, no me molestaba. O al menos no lo veía.

A mi primera fiesta, a la cual mis amigas –creo que en ese momento ya se les podía llamar de esa forma– me invitaron con mucha emoción, llegué con la esperanza de ver a Anthony allí. Porque todos saben que en las fiestas normalmente ocurren las escenas románticas o las peleas intrigantes. Dios sabe que yo no estaba esperando nada de eso, no esperaba nada en realidad, pero estaba preparada.

Me alisté con más minuciosidad de lo normal: como hacía frío, conseguí un vestido de invierno y unas botas para la nieve bastante bonitas. Tomé una foto de mi atuendo de ese día y guardé la fotografía. Llegué a la fiesta con una sonrisa al ver todas las luces de colores reflejándose en mi rostro. Encontré a mis amigos y me ofrecieron una bebida. También les tomé una foto, la soplé y la guardé.

Cabe mencionar que nunca en la vida había probado alcohol, lo cual se lo comenté a Océane. Todos me miraron con sorpresa y creo que su afecto hacia mí creció mucho, al verme quizá como una pequeña criatura a la que debían proteger de los malos vicios, de los cuales ellos estaban ya muy bien alimentados. Fue muy dulce de su parte alegrarse cuando terminé mi primera bebida, aunque la mayoría de cerveza la regaba en algún sitio cuando no me estaban viendo.

Algunos jóvenes se acercaban a hablarme, cosa que no pasaba tampoco usualmente. Hasta ese día me di cuenta de que en realidad se me consideraba una niña linda; pero no fue lo que más me sorprendió. La dinámica de una conversación era completamente extraña, ya que yo solo podía hablar mediante mis amigos traductores, lo cual aburría a los muchachos y se iban. Me di cuenta de que en realidad no tenían muchas ganas de conversar, o al menos no en público.

Anthony llegó a saludarnos y, como ya esta era una noche de primeras veces, eso no excluyó que él se fijara en mí más de lo normal. Les preguntaba a mis amigas por mí con más interés que antes y ahora me miraba a los ojos.

Después de un rato, una de las chicas quiso vomitar y Océane la llevó fuera de la fiesta, así que quedé sola con Anthony. Él empezó ondular el cuerpo cerca de mí. Abrí bien los ojos.

—¿Qué haces? —le dije.

—Bailamos —respondió con una sonrisa.

Estuvo haciendo eso por unos segundos, al ver que yo no lo seguía, se ponía a reír y me pasaba una mano por el hombro. De pronto, llegó el momento más inesperado de mi vida. Anthony se inclinó mucho a mí, con los ojos cerrados.

1) *Finalmente, me atrevería a dar el paso que tanto me asustaba.*

2) *Me erguiría tanto como una cobra como para que su cerveza se derramara en mi escote.*

No sé si fue el hecho de que no quería besar a un muchacho con el que nunca había conversado (dudo que eso fuese solo por el idioma, pues aun si yo hubiera hablado francés, dudo que Anthony se hubiese empeñado en entablar una conversación conmigo) o porque simplemente no se sentía perfecto, así que al echar la cabeza hacia atrás, el persiguió mi cara, y su cerveza fría fluyó desde la hendidura de mi pecho hasta mi ombligo.

Seguido de eso, dejé salir una especie de maullido y risa que alertó a todos, en especial a Anthony. Corrí a los baños a secarme y a mirarme el bochorno de la cara. Me empecé a reír en el espejo. En ese momento, una chica salió del baño y me vio carcajeando con mi reflejo. Creo que pensó que estaba borracha.

Lo que consiguió, sin embargo, no fue tan divertido. Tuve que caminar hasta la casa con el pecho helado de la cerveza que se había congelado en mi piel. Era relativamente temprano, así que la puerta de la casa estaba abierta. Me hubiese gustado quedarme más tiempo en la fiesta, pues había disfrutado mucho con mis amigos y me hubiera encantado haberles contado de aquel incidente, pero la cerveza se había enfriado sobre mi pecho y debía correr a medicarme.

A oscuras entré a la sala, me sentía bastante abrumada. En ese momento estaba contenta, pero por alguna razón el desinterés de Thérèse cuando entré a la casa con evidente agitación, me bajó un poco el ánimo.

Estaba mirando la televisión a muy poco volumen y riendo sola. Me vio de reojo y me dijo con voz animada demasiado animada para ser genuina, que había melocotones en la refrigeradora. Luego continuó mirando su programa.

Entré al baño para darme una ducha con agua caliente, pero al instante ella me detuvo. Supuse que había varias razones, la principal era que darse dos baños al día era muy caro e innecesario, y la segunda que hacía mucho ruido por la noche. Lo único que pude hacer fue escapar de los incienso encerrándome en el baño y frotando una toalla sobre mi pecho para darme calor, ignorando el olor a cerveza. Esperé a que terminara su programa para ir a la sala a tomar mi inhalador e irme a dormir.

Esa noche estuvo llena de nuevos descubrimientos, y uno de ellos era que, aunque Thérèse me estuviese dando un hogar, no estaba realmente interesada en mí. No era su culpa. Aun en ese momento, aunque le preguntara por qué me había aceptado en su casa, no me había dado una respuesta concreta. Supuse que tendría algún contacto con

el colegio al que yo asistía, pero después de un mes, con un mejor nivel de francés también, no supe de relación alguna.

Mientras investigaba sobre los convenios de mi colegio descubrí que había más de una organización de personas extranjeras, como yo. Así que decidí echarle un ojo e inscribirme en su grupo en línea. Eran más de quinientas personas, así que no me detuve a leer todos sus mensajes.

Aparentemente, ese mismo mes mi tía Raquel tuvo que botar a la basura algunos muebles porque estaban llenos de termitas. No tuve más explicación de por qué nuestra casa estaba más vacía.

Acerca de la autora

Larissa Rú nació en Costa Rica en 1998. Autora de varios relatos de fantasía y terror, *Cómo sobrevivir a una tormenta extranjera* es su primer contacto con el relato de ficción. También ha realizado numerosos artículos y críticas de cultura popular, entre ellos *En Piel de Cuervos*, publicado en el 2016 por la Editorial Pentian, y cuentos de terror como *Manos*, *El cuarto de los conejos*, entre otros. Sus historias siguen, usualmente, a protagonistas femeninas fuera de lo común. Actualmente es estudiante de Historia del Arte en Italia.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Amelia Montecielo no ha tenido una vida fácil: sus pulmones fallan constantemente, su madre murió antes de poder recordarla, a su padre solo lo vio una vez en su vida en un consultorio, su tía es una tutora algo dispersa y su país, poco a poco, muere de hambre. Sin embargo, estaba segura de que su suerte iba a cambiar en el momento en que le ofrecieron la oportunidad única de tomar un avión, a espaldas de su familia, para buscar su fortuna en Europa y huir de la hambruna de su tierra, mas no estaba enterada de que ese boleto era solo de ida y se embarca, sin saberlo, en un viaje sin retorno.

Atrapada en un continente extraño, todo parece derrumbarse hasta que conoce a Leo, un chico cuyos pasatiempos parecen atentar contra la vida de Amelia. No obstante, no puede evitar enamorarse y, en un arrebato de pasión, se casa con él sin saber los infortunios que le esperan en el camino y sin la

menor noción de los secretos de su familia, los cuales pueden costarle la vida.

¿Y tú? ¿Qué harías para sobrevivir a una tormenta extranjera?



EDITORIAL
UCR

ISBN 978-9968-46-824-4



9 789968 468244